

bye bye hey hey
maybe we will come back some day now
but tonight on the wings of a dove
up above to the land of love

Patti Smith

Aquellos días de Mar

Por Pedro Medina

A Mar la vi por primera vez en el Starbucks de la West Avenue. Era uno de mis días libres en la agencia de envíos Pegasus y había decidido, efectivamente, tomármelo libre: nada de lavar ropa, de escribir mails a Lima ni de ir a Publix a hacer el mercado de la semana; nada de nada. Me desperté pasado el mediodía y di vueltas en la cama hasta que tuve hambre. Me bañé, guardé en mi mochila el libro *Going to Miami* de David Rieff, y salí a almorzar al Bella Napolitana, el restaurante donde había trabajado mi amigo Lizárraga hasta que llegó su esposa de Argentina y se fueron a vivir a Hallandale Beach.

Al terminar la comida, pasó por mi cabeza la idea de ir al Starbucks de la Lincoln a leer, pero la verdad es que cada vez que eso me tiente termino por desanimarme: me cuesta sumergirme en la marea revuelta de personas que inunda esa calle. Preferí bajar hacia el Starbucks de la West.

—Un tall coffee, por favor.

—Blonde or pike?

—Blonde.

Sentado en uno de los sillones saqué *Going to Miami*. Recién iba a empezar a leerlo: había esperado disponer de tiempo para hacerlo. Me costaban las lecturas en inglés, se me hacían enredadas, necesitaba leer buena parte de hojas para meterme en la historia.

En la mesita junto a mí estaba sentada ella, Mar, zambullida en un libro. Con una mano se sostenía la frente, con los dedos de la otra tamborileaba la mesa, las piernas cruzadas sobre la silla. Su tamborileo me desconcentraba. Las vueltas de página que hacía eran demoradas y, entre una y otra, aprovechaba para alzar la cabeza, estirar las mangas de su suéter GAP azul hasta cubrirse las manos y deslizar su mirada en el ventanal con vista hacia Biscayne Bay.

Dejaba de tamborilear por unos minutos, en los cuales yo trataba de enfocarme en la lectura, pero empezaba otra vez. Cerré entonces el libro, lo puse sobre mis piernas y quedé mirándola: zambullida igual entre esas páginas. Era de más, no iba a poder leer. La temporada en Pegasus estaba lenta, así que ahí podría hacerlo. Me habían pasado del almacén al front desk. El trabajo era más simple: recibir órdenes e ingresarlas al sistema, sobraban ratos libres. En mi anterior lugar habían puesto a Machito, un cubano algunos años mayor que yo que pasaba casi todo el día jugando cartas con una baraja que llevaba siempre en el bolsillo.

Pasaron algunos días de esa tarde en Starbucks, cuando en la puerta de la agencia se estacionó un BMW blanco. Se bajó una chica hablando por teléfono. Era ella, la que no me había dejado leer, la reconocí. Sin terminar la llamada, se acercó al front desk y de su bolso sacó un iphone. A la persona que estaba del otro lado de la línea le dijo que ya había llegado a hacer el envío para su hermano en Caracas y que al día siguiente pasaría todo el día estudiando en Starbucks. Algo más, le preguntaron, pero ella dijo que ya tenía al muchacho de la agencia enfrente de ella, esperando, llamaba luego.

—Buenas, cómo te puedo ayudar.

—Amigo, mire, necesito enviar este paquete a Caracas.

—No hay problema, permítemelo.

Mientras lo pesaba, Mar chismoseaba *Going to Miami* que estaba sobre el mostrador. Vale, se ve interesante este libro, dijo. Sí, está bueno, la verdad. ¿Ah, sí? Sí.

Necesitaba algunos datos para llenar la orden: se llamaba Marianella Figuera, vivía en el edificio El Mirador, de West Avenue, su teléfono era 7863538887. El paquete, dije, llegaba en dos días. Vale, chévere. Bueno, eso es todo. Gracias, dijo, y sonrió. De nada.

Entré al almacén a dejar el iphone y Machito, que jugaba solitario, dijo que el business ya estaba muerto. Sí, voy a cuadrar caja, puedes ir yéndote si quieres. Y le recordé que al día siguiente yo estaba libre, él tenía que abrir y estar en el front desk. Tranquilo con eso, socio, mañana me toca estar “al frente” de la nave.

En mi casa, metido en la cama, tomé una Heineken y leí *Going to Miami* hasta quedarme dormido.

Mi día libre de la semana anterior había sido nulo. Tenía que aprovechar el de esta semana. Pasé la mañana organizando los montículos de ropa que se habían acumulado alrededor de mi cama y luego fui al Publix. Almorcé en el Bella Napolitana. Estaba haciendo un reconocimiento de la carta completa, según lo que había recomendado Lizárraga.

El café fui a comprarlo al Starbucks de la West. En el camino me acordé de Mar. El día anterior había dicho por el teléfono que estaría todo el día encerrada ahí, estudiando. ¿Qué estudiaría Mar?

Efectivamente, Mar estaba otra vez zambullida en su libro, con las piernas cruzadas sobre la silla, tamborileando. Fue después de comprar mi café que pasé junto a su mesa e intercambiamos miradas. Aunque tardó en reconocermme, hizo hola con la mano y sonrió. ¿Mucho estudio? Tenía mid-terms, sí. Ah, ok, yo ando de pasada para el cafecito. Mira, vale, por cierto, ayer me quedé pensando en el libro que estabas leyendo, yo estudio sociología. Para uno de mis cursos tengo que presentar un essay a fin de semestre y quiero escribir sobre algo de Miami, de la comunidad de acá. Sí, puede ser que ese libro te sirva. ¿Cómo se llamaba?

Tomó nota del libro de David Rieff y le dije que también leyera *Miami, City of the Future* de T.D. Allman. El de Allman me había parecido mejor, más completo. ¿Sobre qué vas a escribir? Aún no sabía. Le dije que por qué no escribía algo del Miami Riot de 1982. No tenía idea de lo que le estaba hablando. Había sido un conflicto callejero entre negros, gringos y latinos, porque había mucho choque de culturas entre esos tres grupos. Fue fuerte, con muertos. ¡Coño, no tenía idea! Sí, es que acá durante fines de los setenta y la década del ochenta hubo mucho conflicto así. Súper, te pasaste con esa info. Si iba a estar un rato más ahí, podía ir a mi casa a traer los libros para que les diera una mirada. ¿En serio? Sí, claro, no hay problema. Vale, acá voy a estar, tengo que estudiar toda la tarde. ¿Cómo es tu nombre? Martín. Ah, yo soy Mar, un placer, Martín. Lo mismo. Bueno, ya vengo.

Tardé unos cuarenta minutos en volver, pero ya no encontré a Mar. En su mesa había una pareja de ancianos tomando té y comiendo muffins. Se me hizo raro, di un vistazo a las otras mesas y nada, se había ido. El resto de la tarde lo pasé en mi efficiency, terminando de organizar algunas cosas. De vez en cuando se me venía Mar a la cabeza.

Al día siguiente, Mar apareció por Pegasus cerca de las dos de la tarde. Se disculpó por haberse ido, la llamó su landlord, tenía que arreglar unas cosas con él sobre el contrato del apartamento. Le dije que no se preocupara y me preguntó cómo podíamos hacer para los libros, le interesaba mucho darles una mirada. A eso de las siete salía de la agencia, si le parecía podíamos ponernos de acuerdo a partir de esa hora. Esa tarde sí o sí iba a estar en Starbucks, no se levantaría de la mesa hasta que la echaran a la hora de cerrar. Listo, salgo de acá, paso por los libros y te veo en el café. Vale, Martín, te lo agradezco, y de pana mil disculpas por lo de ayer. No, tranqui, no hay problema. Hubo poco movimiento el resto de la tarde en la agencia y pasé casi todo el rato con Machito jugando Black Jack. Me comentó que se estaban armando unos campeonatos de póker buenos en el bar Zekes, que si me animaba a ir. Estaba complicado esa noche, pero la próxima era un fijo.

A eso de las ocho y media de la noche, llegué al Starbucks con los libros y ahí estaba Mar, en una de las mesas. Puse *Going to Miami* y *Miami, City of the Future* junto al libro que estaba leyendo y levantó la cabeza. Épale, Martín, muchas gracias. De nada. Te invito un café. No, Mar, no te preocupes, yo me lo compro. Dale, Martín, déjame invitarte. Bueno, está bien. ¿Qué te tomas? Un tall blonde.

Mar volvió a la mesa con un té para ella y mi blonde. Ya había tomado mucho café durante el día, dijo, prefería un tecito, si no, no iba a poder dormir. Siéntate un ratito, Martín, estoy mamada de estudiar toda la tarde. Los libros que le había llevado eran para

un curso de comportamiento disfuncional colectivo. Le había parecido interesante lo que le conté sobre el Miami Riot. Se había puesto a googlear información, el tema se le hacía buenísimo. Le comenté que había otro libro, *Miami, Mistress of the Americas*, que aún no había leído, pero que sabía que también valía la pena. Estuvimos conversando buen rato sobre Miami, hasta que a las diez y media nos dijeron que estaban cerrando.

Mar me llevó a mi efficiency en su BMW. De fondo, a volumen bajo, Patti Smith cantaba Frederick. Vivimos cerca, dijo cuando encendió el motor, y el resto del camino fuimos escuchando la canción sin hablar. En la puerta, Mar me pidió que le diera unos días para revisar los libros. Ya los había leído, no tenía ningún apuro en que me los devolviera, que se tomara el tiempo necesario. Chévere, Martín, te lo agradezco un millón. Intercambiamos teléfonos, ya nos estaríamos comunicando. Al bajarme, antes de cerrar la puerta dije que Frederick era una cancionzota.

Antes de dormir recibí un text de Mar: martín, un millón ☺. avísame cualquier cosa, saludos, escribí.

Al otro día, en Pegasus, jugando Black Jack en el front desk, Machito me volvió a invitar al póker. Arrancaba a las diez, que no sea aburrido, que fuera. Bueno, me apunto. ¿Sabes dónde queda el bar ese? Sí, sabía, ahí iba con Lizárraga. Saliendo del trabajo iba un rato a mi casa, y a las diez caía por ahí.

El campeonato en sí no era campeonato. Solo éramos Machito, Kimbombo —un amigo de Machito que a veces iba a buscarlo a la agencia—, un tal Carmona, un tal Cabalito y yo, sentados en una de las mesitas del fondo del Zekes, apostando rondas de cerveza. Ellos trabajaban en una taquería, los tres. Cabalito era el manager, Carmona el delivery y Kimbombo hacía de todo en la cocina. El póker tampoco era muy póker que digamos: consistía en armar tríos y pares; el que no armaba nada o armaba los tríos y pares más bajos, invitaba una ronda de cerveza para todos. No sé cuántos tríos armé, ni cuántas rondas perdí, lo único que recuerdo es que en una de las levantadas para ir al baño, encontré un text de Mar que decía que acababa de terminar de leer el libro de Rieff y le parecía genial. Cool, respondí. ¿Te desperté? No, nada que ver. ¿Qué haces? Por ahí, en un bar en Lincoln. Ah, ok, bueno, ya me voy a dormir, chaíto. Chau, hablamos.

Volví a la mesa y Machito ya había guardado la baraja en su bolsillo y Carmona y Cabalito se habían ido. Kimbombo abrazaba a Machito, le decía que era su brother, su brothersazo. Oye, acere, se dirigió a mí Kimbombo, sin dejar de abrazar a Machito, ¿tú sabes lo que es tirarse en una balsa al mar por días de días sin saber dónde pinga estás? Acá con mi brother Machito lo hicimos. No es fácil, vaya, ve que nuestro amigo el flaco Román que venía con nosotros se tiró al agua, desesperado, quería virar para atrás, again para Cuba. Pero nunca regresó a Cuba el flaco, acá nos enteramos que encontraron su cuerpo varado. Machito me hizo un gesto con la mano como diciendo que Kimbombo ya estaba muy borracho, mejor se iban.

Yo me quedé un rato más, pedí una Heineken en la barra. En el televisor de encima de la nevera de las cervezas pasaban videos de canciones de los setenta y los ochenta. Tomé un par de cervezas esperando a que pasaran Frederick, pero solo pusieron videos de The

Cure, Hendrix, The Clash; Patti Smith nunca llegó. Dejé un billete de diez junto a la botella vacía y me fui.

Caminé con Frederick en la cabeza, con Patti Smith, con Mar manejando su BMW, con Mar zambullida en sus libros. Saqué mi celular, abrí la casilla de text messages. El último que tenía era el que decía que iba a dormir, a la 00:53. En lugar de ir a mi casa bajé unas cuadras hasta El Mirador. Casi todas las luces de los apartamentos estaban apagadas, solo un par encendidas. ¿En cuál viviría Mar? ¿Quizá alguna de las encendidas sería la suya? Saqué mi celular, abrí otra vez la casilla de mensajes, di en la opción compose, pero no, no escribí nada, preferí guardarlo. En mi casa puse Frederick en You Tube y la dejé en repeat. Abrí una Heineken, empecé a bailar, a bailar y cantar Frederick. De dos sorbos sequé la cerveza. Abrí otra; ni bien empecé a tomar, sentí que un río me desbordaba desde el estómago hasta la boca. Terminé la noche abrazado a la poceta, frente a un líquido amarillento, viscoso, con restos de jamón y fideos.

No serían ni las diez de la mañana cuando timbró el teléfono. Dormido, sin mirar quién era, contesté. Good morning, Martín, era la voz de Mar. Hey, ¿cómo estás? ¿Te despierto? La verdad, sí, pero no hay problema. Ay, sorry, pasé por la agencia a devolverte el libro y me dijeron que estabas off, por eso marqué. Ya me voy a la universidad y no vuelvo hasta tarde, pensé que era mejor dártelo de una vez. ¿No lo necesitabas para un trabajo de fin de semestre? Sí, pero ya lo leí y lo mandé pedir por Amazon para rayarlo y anotar cosas. Ah, ok, pásate si quieres. Estoy afuera de tu casa, Martín. ¿Sí? bueno, dame un minuto y salgo. Me lavé los dientes, la cara, me puse un pantalón de buzo, una camiseta.

Le pedí disculpas por salir tan mal aspectoso. Se rio, dijo que si la veía a ella recién despierta no le hablaba más. Preguntó en qué bar había estado la noche anterior. Un barcito acá en Lincoln, el Zekes, ¿lo conoces? No conocía. Había venido a Miami para estudiar en FIU, una que otra vez había salido con los compañeros de la universidad, pero más que nada a Sports Bars. De hecho tampoco conocía a nadie por la zona. Ah, bueno, vamos el fin de semana a algún bar de por acá, ¿qué dices? Por mí, súper. ¿El sábado? Sí, vale, el sábado está chévere. ¿Te voy llamando para coordinar entre mañana y pasado? Sí, claro que sí, y más bien ya me voy yendo que ando retrasada. Ah, bueno, yo me voy organizar, que tengo varias cosas que hacer y quiero aprovechar el día. Dale pues. Cuídate. Chaíto, Martín.

El resto del día no pude hacer nada, la resaca me aniquiló. Me quedé tirado en la cama; cuando me dio hambre llamé a Dominos, pedí el especial de dos pizzas de pepperoni medianas, una fue mi almuerzo y otra mi comida. En la noche escribí un text a Mar preguntando como le había ido en su examen. Creía que bien, estaba en Starbucks estudiando para otro más que tenía al día siguiente. Ah, bueno, no te fastidio entonces, hablamos el sábado.

En Pegasus, Machito dijo que al día anterior había ido a buscarme una “chamita” bien guapetona. Ah, una amiga que venía a devolver algo. ¡Coño! Clase de amiguita tienes. ¿Bueno, y aparte de eso, alguna otra novedad ayer? Nada, todo igual. Bueno, voy a estar en el front desk cualquier cosa.

El día estuvo lento, así que aproveché para leer y mandar algunos e-mails que tenía pendientes. Al terminar la tarde, Machito preguntó si quería ir esa noche al póker. Le dije que estaba loco, necesitaba unos días para reponerme. Y eso que tu amigo Kimbombo debió haber terminado peor. No, socio, ese se cafetea a primera hora y queda como new. A propósito, no sabía que eran amigos desde Cuba. Sí, compadre, del mismo pueblo, San Nicolás de Bari. Y el otro socio, el flaco Román del que habló Kimbombo, el que se tiró al mar, también, ellos trabajaban juntos en el policlínico del pueblo. Yo me les juntaba los fines de semana, éramos los tres pa arriba y pa abajo. Carajo, Machito, pero cómo se tiró al agua ese pobre hombre. Se desesperó a mitad de camino, tenía su hijita en Cuba, tú sabes, y se quiso devolver, pero sabe Dios dónde habríamos estado. Uno se lanza no más en la balsa y rema y rema y se deja llevar. El flaco estaba con que se devolvía y se devolvía, y nosotros no lo dejábamos, pero en una de esas nos descuidamos, se aventó y se hundió para que no lo viéramos. La marea nos siguió jalando y cuando el flaco sacó la cabeza ya estaba varios metros lejos. Le gritamos para que volviera, pero nada, hasta que nos perdimos de vista.

—Putá madre, Machito, qué jodido.

—Oye, ánimate para el póker, ponte pa eso.

—No, Machito, hoy no.

—Te lo pierdes.

El sábado llegué a El Mirador a las nueve de la noche. Mar salió vestida de jean, camisa Lacoste blanca, Converse también blancas, todo le combinaba perfecto. Hola, Martín, ¿qué más? Bien, ¿y tú? Bien, también. ¿Dónde vamos a ir? Le pregunté si le gustaba el rock en español de los ochenta y me dijo que sí. En la Washington había un bar, el Al Capone, de ese estilo de música, al que había ido hacía tiempo con mi amigo Lizárraga, en el que a veces tocaban bandas en vivo. Ah, buenísimo, vamos, ¿saco mi carro? No, ¿estás loca? Vamos caminando, es acá cerquita.

En el camino, Mar me contó que su papá, hacía un par de años, había decidido mandarla a Miami porque en su país las cosas estaban imposibles con Chávez. El señor trabajaba en el Banco Mercantil, el gobierno la tenía agarrada contra los banqueros. Los planes de Mar eran terminar de estudiar, buscar trabajo en Miami y no volver a Venezuela, ni hablar. Acababa la carrera en un par de meses y buscaba algo. Ya había empezado, pero hasta el momento nada.

A la altura del cruce de Española Way y Washington, le dije que esa esquina era la culpable de que me hubiera puesto a leer tanto sobre Miami. ¿Y eso? Hacía unos meses en ese lugar hubo una redada de inmigración y la policía. La esquina se estaba llenando de putas y drug dealers. Levantaron con todo lo que pudieron. Buscando en Google información y noticias al respecto, llegué hasta el Miami Riot y me llamó la atención. Qué heavy. Sí, estuvo movida la zona, la gente no hacía más que hablar de eso; de hecho, yo conocía a alguien, un poeta, que había desaparecido desde ese día. En parte, las

googleadas de noticias que hice fueron para ver si daba con alguna pista suya. Coño, qué lástima, Martín.

—Ese de allá es el bar.

No tocaba ninguna banda esa noche, pero la música estaba buena. Nos sentamos en la barra; ella pidió una Corona al gringo con gorrita de los Red Sox que atendía y yo una Heineken. Al extremo de la barra vi a Cabalito, uno de los jugadores de póker del Zekes; nos saludamos de lejos. Después de servir las cervezas, el gringo de la barra se fue a conversar con él. Mar se había quedado mirando a la pared de atrás del tabladillo, donde descansaban la batería, la guitarra y el micrófono, la caricatura de Al Capone de tamaño gigante. Ese era otro de nuestros vecinitos, ¿sabías? ¿Quién, Al Capone? Sí. ¿Cómo así? Le encantaba el Clay Hotel, en Española Way, para hacer sus apuestas ilícitas. No tenía ni idea, Martín. Para que veas, en esta zona ha habido de todo. Sí, de pana, es bien loca esta ciudad, uno ve cada cosa que se queda idiota. Martín, y cambiando de tema, ¿qué has estudiado que te veo tan leído? La verdad es que leo porque me gusta. Ahora solo estoy en Pegasus, juntando plata para resolver el tema de mis papeles. Espero casarme con una cubana el próximo año, conseguir la residencia y ponerme a estudiar. Hasta entonces vivo jodido. Ah, coño, no sabía. Sí, es todo un tema, pero así andamos casi todos por acá. Bueno, será por un tiempo nada más, ya verás cómo se arregla más adelante. Sí, sí, calma y a trabajar mucho, that's it. ¿Y qué te gustaría estudiar cuando resolvieras eso? Me interesa la sociología, también. Ay, qué chévere, a mí me encanta mi carrera. Era interesante conocer los desórdenes personales en un nivel colectivo, por eso le habían fascinado tanto los estudios. A mí me gustaría adaptar esos análisis a la gente de Miami, por eso me había interesado tanto su essay de fin de semestre. ¡Y tú dale con Miami! Es que me encanta.

Iba yo por la quinta cerveza y ella por la tercera cuando dijo que si tomaba una más, vomitaba, tanta cerveza le caía mal. Pedí la cuenta.

Afuera salpicaba la llovizna; a un par de cuadras de haber dejado el Al Capone, se hizo más intensa. Apuramos el paso. En El Mirador apenas nos despedimos, ya la lluvia era una masa espesa de agua que bañaba las aceras, las palmeras, los techos de los autos alineados al borde de la acera. Márcame al llegar, escuché a mis espaldas, cuando ya había corrido unos metros.

Mar estaba acostada cuando le marqué, solo esperaba mi llamada para dormir. Quería saber si había llegado bien. Bien mojado, dije, y se rio. La había pasado lindo. Yo le dije que ella era una excelente compañía. Nos quedamos callados. ¿Qué planes para mañana? Nada, dijo, ninguno. Hay que vernos un rato, qué dices. Vale, me parece, ¿quieres venir a mi casa a almorzar? Claro que sí, ¿como a qué hora? Como a medio día más o menos, voy a cocinar algo. Todos los domingos cocino. ¿Ah, sí? Sí, me encanta cocinar. Ah, mira, en eso yo sí soy un animal. Ay, Martín, tú si eres gafo. ¿Gafo? Tonto, pues. Sí, bastante. Bueno, Martín, ya me voy a dormir, mañana te espero. Ok, nos vemos. Antes de lavarme los dientes y alistarme para dormir, puse Frederick en You Tube.

Mar vivía en un one bedroom, el 902, de suelo, paredes y techo blancos. Como único mueble —al centro de lo que sería la sala o quizás el comedor— tenía una mesa también blanca donde estaban sus libros desordenados. Más allá, cojines azules dispersos. Mar cocinaba ravioles, y mientras hervían en la olla, me llevó al balcón. El Mirador era uno de los edificios color aguamarina que encerraban el océano liso de Biscayne Bay, y se veían desde el puente Mac Arthur cuando uno llegaba a Miami Beach. Del otro lado se levantaban las casotas de Star Island, resguardadas por palmeras y yates. ¿Ves esa casa de allá? ¿Cuál, la de puentecito hacia el muelle? No, la de al lado, la de mal gusto. Sí. Es de los Estefan, varias veces los he visto. A cada rato almuerzan ahí, en la terraza. Debe ser horrible pagar millones de dólares por una casa tan expuesta al público, ¿no crees? Sí, dijo ella, si hasta botecitos turísticos pasan a chismosearlos y tomarles fotos.

Faltaba poco para que la pasta estuviera lista. Mar dijo que pusiera música y me acomodara por ahí, en los cojines. ¿Tienes el CD de Patti Smith por acá? Sí, puesto. ¿Qué número es Frederick? La nueve. Martín, a ti sí que te gusta burda esa canción. Claro, muy buena, es un clásico, hacía tiempo no la escuchaba, desde Lima, hasta que me subí a tu auto. A mí me encanta Patti Smith, siempre la he escuchado, desde la secundaria.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Qué tienes?

—Coca normal y Coca Zero.

—Normal, por fa.

—¿Acomodo la mesa?

—Mejor en los cojines, deja el pocote de libros ahí, nomás, si no me desordeno sola.

Estaba riquísima la comida. Que no sea exagerado, dijo Mar, cualquiera podía tirar un paquete de ravioles en agua hirviendo. Moríamos de hambre, no hablamos, en menos de diez minutos los platos estuvieron vacíos. Ahí hay un poquito más, ¿quieres? No, así está bien, gracias. ¿Quieres café? Bueno, café sí.

La acompañé a la cocina llevando los platos y vasos sucios. ¿Dónde los dejo? En el dishwasher, please. Me agaché a meter los platos, y al levantarme, Mar estaba detrás de mí con la cafetera, que le diera un permiso para enchufarla. Y ahí, junto a la cafetera, antes que la encendiera, busqué sus labios y los encontré. Nos dejamos llevar por el impulso, por nuestras manos, fuimos cediendo el uno al otro. Sin dejar de besarnos, llegamos a los cojines.

Unos minutos después me desvanecí sobre ella, hasta que nuestras respiraciones fueron recuperando su ritmo mientras ella acariciaba mi cabeza.

Pasamos el resto de la tarde en esos cojines, desparramados, comiendo helado Hagen Dazs de vainilla, conversando de su proyecto de fin de semestre, escuchando todo el Live at Montreaux de Patti Smith. Ahí no canta Frederick, reclamé. Mejor, para que no te

aburras. A las seis dije que me tenía que ir, quería acostarme temprano. Debía madrugar para abrir Pegasus, los lunes abríamos más temprano, esperábamos a UPS. ¿Me llamas cuando llegues? Sí, te marco en un ratito.

Desde entonces empecé a ir a El Mirador por las tardes, al salir de Pegasus. Mar investigaba y escribía para su proyecto, estaba en las últimas semanas de clase. Yo llegaba, ella hacía un break, preparábamos café. ¿Qué tal la agencia? Ahí, igual, lo mismo, ¿y tú avanzaste? Sí, burda, el libro de T.D. Allman es arrechísimo, además he encontrado otro muy bueno, en español, de un periodista argentino, Hernán Iglesias. Anda, ¿sí? Sí se llama *Miami: turistas, colonos y aventureros en la última frontera de América Latina*. Ah, me lo pasas cuando termines, tiene buen título.

Los fines de semana íbamos a las noches de rock latino del Al Capone o al Zekes o a algún bar de la Lincoln, la Washington o Española. Mar estaba encantada con conocer South Beach: decía que cada vez entendía más por qué yo estaba fascinado con la ciudad. Los domingos cocinábamos pastas. Algunas veces las hice yo. Era solo tirar un paquete de pasta en un poco de agua, que no fuera flojo, decía Mar. Según Machito me había enamorado, un fijo menos para el póker. No sabía lo que me estaba perdiendo, tremendos campeonatos se estaban armando.

A Mar le fue muy bien con el essay de Miami Riot. Un tema totalmente novedoso, muy interesante, dijo Professor Cruz, y le puso una A. ¡Tenemos que celebrar, Martín! Propuse irnos de bares, tomar un mojito en cada bar que viéramos en nuestro camino por Española, Washington, Lincoln. Le pareció genial, era lo mínimo por acabar la carrera y sacar un A en el essay. Entramos en nueve o diez bares, no recuerdo bien. El último fue uno de Española. No podía más, dijo Mar, no podía ni caminar, que por favor nos fuéramos en taxi. En su casa puse Frederick, la cantamos dando gritos. La volví a poner, la bailamos, nos besamos, nos desvestimos.

Un jueves, en uno de mis días libres, sentados en las rocas frente al mar del parque Smith and Wollensky, Mar dijo que estaba pensando regresarse a Venezuela. Había terminado la carrera hacía más o menos dos meses y no encontraba trabajo. Su visa de estudiante expiraría pronto y no quería quedarse indocumentada. Su papá le había dicho que regresara, él la acomodaba en algo por allá. Además estaba por vencer el contrato de alquiler en El Mirador, y así, en esas condiciones, ni hablar de renovarlo. Entiendo, nada más dije, con la mirada perdida en el cielo rojizo del horizonte.

Al poco rato cada uno estaba en su casa.

Pasaron varios días en los que no nos comunicamos, varias semanas. Machito me animaba, las jevas son así, compadre, hay que verlo por el lado positivo, ya recuperamos un fijo para las noches de póker. Aparte de Cabalito, Kimbombo, él y Carmona, ya eran varios los que se juntaban en el Zekes. Y se habían establecido como días para jugar los martes y jueves a las diez. Eran dos mesas, se iban eliminando jugadores hasta que quedaba todo en una sola mesa.

Y así que volví a ser uno de “los hijos”. Generalmente Kimbombo y yo éramos los primeros en ser eliminados. Nos sentábamos en la barra y pedíamos Heineken. Qué volá. Todo bien, Kimbombo, ¿tú cómo vas? Ya tú ves, acere, bien, buscando a Yaneirita, la hija del flaco Román que me he enterado que se vino también para acá. ¿Román, el que salió con ustedes de Cuba y trató de regresar nadando? Ese mismo. Lo que no sé es cuándo se haya venido ella. Vaya, era casi niña cuando lo de nosotros. Una niña hermosa, chico, una muñequita. Y vieras lo pegada que era al papá, lo adoraba, y él a ella ni qué decir. El flaco la dejó encargada con una de sus primas mayores, Belinda, pero al parecer la vieja era medio borracha y Yaneira, niña y todo, no la aguantó mucho. Pero más nada sé. Solo me dijeron, el otro día que llamé y pregunté qué era de su vida, que en el pueblo se habló hace una pila de años que había venido para acá. Concha su madre, Kimbombo, que jodido, ¿y no tienes ni idea de dónde pueda estar? No, socio, ni idea, cómo encontrar a alguien acá, es imposible, todo es enorme, nadie se conoce. Ya Yaneirita debe estar hecha mujer, casada, debe haber formado familia. Me gustaría verla, decirle que su papá dio la vida por ella. Tiene que haber alguna manera de averiguar eso, Kimbombo, un registro público o algo así. Ve tú a saber, acere.

El hielo entre Mar y yo se rompió con una llamada que me hizo Mar a la agencia. Quería verme después del trabajo en el Starbucks. Ok, ahí nos vemos.

Llegué al Starbucks a eso de las siete y ahí estaba ella. ¿Y qué más, Martín? Ahí, bien, extrañándote, pero bien. Me agarró la mano, dijo que no había habido un solo día que no se hubiera acordado de mí. No dije nada. Ya, ya se regresaba a Venezuela. El taxi pasaría a buscarla en una hora por El Mirador para llevarla al aeropuerto. La miré. Sus ojos estaban húmedos. Sacó del bolso el CD de Patti Smith y me lo dio, nunca te olvides de la nueve, dijo, y me dio un beso en la frente. Cuídate mucho, Martín. Lo mismo. Busqué sus labios pero no los encontré.

Me quedé observando a Mar desde el ventanal mientras se confundía entre la gente que iba y venía por la West hasta que entró en El Mirador y la perdí de vista.

Pregunté la hora, eran recién las ocho, compré un tall blonde y me desparramé en el mismo sillón donde estaba sentado la primera vez que vi a Mar. Todos se iban de Miami, puta madre. Todos, por alguna u otra razón, se largaban de la ciudad. ¿Cuándo me tocaría?

Mi teléfono vibró en el bolsillo, tenía un text de Mar que decía que me cuidara mucho, y otro de Machito, para que confirme si iba al póker de las diez, si seguía siendo un hijo o ya me habían perdido otra vez.

A Mar le respondí que ella también, y a Machito que sí, seguía siendo un hijo.